

ción de Atanasio, que no le elevó nada en mi concepto. Me procuré en una biblioteca pública de aquí la magnífica edición de Crisóstomo por Montfaucon, y pasé la vista por los once enormes folios, deteniéndome allí donde el asunto ofrecía especial interés. En cuanto á leerlo todo, es cosa imposible. Esos volúmenes contienen tanta materia, por lo menos, como toda la literatura subsistente de los mejores tiempos de Grecia, desde Homero hasta Aristóteles inclusive. Hay, ciertamente, algunos pasajes muy brillantes en esas homilias. Parece digno de nota que, habiendo empezado á florecer la literatura griega tanto tiempo antes que la latina, siguiese floreciendo tanto tiempo después. Si se exceptúa el siglo que se deslizó entre la primera aparición pública de Cicerón y la muerte de Livio, yo no sé que haya época en que Grecia no tuviese escritores iguales ó superiores á sus contemporáneos romanos. Lo que sé es que ningún escritor latino de la época de Luciano puede ponerse al lado de Luciano, que ningún escritor latino de la época de Longino puede ponerse al lado de Longino, que ninguna prosa latina de la época de Crisóstomo puede ponerse al lado de las composiciones de Crisóstomo. He leído las *Confesiones* de Agustín. El libro no carece de interés, pero se expresa en el estilo de un predicador ambulante.

Nuestro Código penal se publicará la semana que viene. Me ha costado un trabajo muy inmenso; y tenga los defectos que quiera, no es, ciertamente, una obra desaliñada. Será útil ó no para la India; para mi espíritu no me cabe duda de que ha sido de gran utilidad.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

CAPÍTULO III

1838-1839

Muerte de Zacarías Macaulay.—Mr. Wallace y Mackintosh.—Cartas á Mr. Napier y Mr. Ellis.—Sir Walter Scott.—Lord Brougham.—Primera mención de su Historia.—Viaje de Macaulay.—Su costumbre de ver el escenario de los acontecimientos.—Chalons-sur-Marne.—Lyon.—Marsella.—Génova.—Pisa.—Florencia.—Macaulay rechaza el empleo de juez togado.—De Florencia á Roma.—Trasimeno.—San Pedro.—El Nuevo Zelandés.—El Vaticano.—El Poder temporal.—La doctrina de la Inmaculada Concepción.—Carta á lord Lansdowne.—La insurrección del Canadá.—Gibbon.—De Roma á Nápoles.—Novelas de Bulwer.—Impresiones de Nápoles.—La tumba de Virgilio.—Macaulay marcha hacia su país.—Mr. Goulburn.—Versalles.

El *Lord Hungerford* justificó su reputación de mal velero, y el viaje de regreso hacia su país, duró seis meses. Esta dilación tan extraordinaria unida á la noticia del encuentro que tuvo el navío de rudos temporales después de dejar el Cabo, dieron origen al rumor de que se había perdido con todo lo que llevaba á bordo, y condujo á una serie de políticos whig á la City á inquirir del Lloyd noticias exactas sobre este particular. Era más natural, sin embargo, dado el carácter de hijo y hermano que dominaba al de orador de partido, que Macaulay fuese esperado con más ansias por su familia que por sus correligionarios. En el seno de aquélla había sido verdaderamente echado de menos con profunda pena. «No podéis concebir, escribe una de sus hermanas, el cambio que ha tenido lugar en esta casa. Es una cosa así como si el sol hubiese abandonado la tierra. El vacío

que ha producido la de Tom, no puede llenarse jamás. El era tan diferente de los demás hombres, que á pesar de estar siempre sin visitas nos producian una especie de consuelo que servía no poco para animar el monótono camino de nuestra vida; pero ahora día tras día amanece y se pone sin objeto ó interés alguno, de tal modo, que algunas veces yo casi siento fastidio de este mundo.»

Sucedió con Zacarías Macaulay, como ha sucedido con otros muchos semejantes á él, que los años que median entre el tiempo en que hizo su trabajo y aquel otro en que llegó á recibir su recompensa en la otra vida, fueron años de turbación, de pesar y aun de melancolía. Falta de salud y de vista; el sentimiento de verse abandonado é inútil, después de una vida activa y beneficiosa; la idea de la dependencia de otros á una edad en que las desventajas morales de la pobreza se sienten con más intensidad aún que se siente en la juventud la falta del bienestar material; las nubes que hicieron sombra al final de una vida constantemente sujeta á duras pruebas. Durante los meses que sus hijos estuvieron de viaje, su salud se quebrantó rápidamente, y murió antes de mediados de Mayo, sin haberlos vuelto á ver. Sir Jacobo Stephen, dice en carta á Fanny Macaulay: «No sé cómo lamentar la pérdida de vuestro padre, porque aleja de este mundo uno de los más antiguos y ciertamente de los mejores amigos que he tenido siempre. ¿Qué hombre de juicio puede no saltar de alegría ante la oferta de la conclusión de todos sus cuidados, crueles como son, si puede estar seguro de la aprobación de todos sus actos por su conciencia, y, por tanto, de la bendita recompensa?» Era casi el último superviviente de una noble hermandad reunida por la afección y el

objeto á que consagraron su vida. Mr. Wilberforce, Enrique Thornton, Babington, mi padre y otros no menos queridos, aunque menos ilustres, fueron compañeros de sus muchos trabajos, considerándole siempre como su asociado en el mundo del espíritu. Nuestro único consuelo es qué habrá sido recibido por su redentor con la frase «Bien venido, servidor bueno y fiel.»

El busto de Zacarías Macaulay en la abadía de Westminster lleva en su pedestal una bella inscripción (que es y probablemente será su única biografía) en la que se dice mucho más de lo que él mismo hubiera querido que se dijese acerca de un hombre.

Que durante cuarenta años sucesivos
Tomó parte en los consejos y trabajos de los hombres
Que, guiados y favorecidos por la Providencia,
Rescataron al Africa de los dolores
Y al imperio británico del crimen
De la esclavitud y comercio de esclavos,
Sufriendo modestamente los trabajos, privaciones y vituperios,
Dejando para los demás la fama y el premio.

Su tumba estuvo separada durante muchos años del cuerpo de la nave de la iglesia por una barandilla de hierro tan molesta como fea, que quitaba de la vista de los visitantes un epitafio tan excitante del patriotismo por lo menos como los de las tumbas de los innumerables héroes militares y navales de los siglos XVII y XVIII, que perecieron en guerras cuyo fin era más bien para olvidado ó recordado tan sólo para sentirlo.

El primer asunto que Macaulay encontró esperándole para ser resuelto á su regreso á Inglaterra, era bastante desagradable. Hasta Julio de 1835 se había

ocupado en revisar la historia de la revolución de 1688, escrita por sir Jacobo Mackintosh, trabajo importante que fué editado por un Mr. Wallace, que le acompañó de un bosquejo biográfico del autor, á quien trata en todo él con una impertinencia que tiene aire de inexcusable deslealtad, y que realmente no era debido á suficiencia propia, empleada con el más notable mal gusto. Macaulay, que desde muchacho había sentido por Mackintosh aquella veneración que es más querida para el corazón joven y leal que su propia fama, cayó sobre el editor con desdeñosa energía, de la que se encuentran todavía al presente algunos hermosos restos en el ensayo que aparece en la colección de las ediciones de aquel historiador, donde se pueden aún leer las siguientes líneas: «Es evidente que los escritos de Tomás Brunet, no han sido jamás entendidos por la persona que ha editado este volumen, quien no contentándose con reformar el texto de sir Jacobo Mackintosh con semejantes desatinos, le ha encabezado con una mala memoria, añadiéndole una continuación también mala, con la que ha conseguido extender el volumen hasta darle bastante grueso, adulterándole además de tal modo, que le ha convertido en uno de los peores libros que jamás hemos visto.» Cuál fuese la vehemencia primera de la indignación de Macaulay, puede apreciarse por el hecho de que este pasaje, tal como ahora está, ha sido ya privado de la mitad de sus espinas.

Un fragmento del artículo en su forma original merece reproducirse aquí, porque da idea y en algún modo justifica la indignación de Macaulay, y es un fragmento de mérito digno de leerse:

«Afecta el editor, por lo que nosotros conocemos, sentir algo semejante á menosprecio por el hombre cé-

lebre cuya vida se ha propuesto bosquejar, y á quien él es incompetente para servir ni aun de un corrector de pruebas. Nuestros lectores pueden formar una idea del espíritu con que está compuesta toda la narración, por las ideas que aparecen al principio. Este biógrafo nos cuenta que Mackintosh, con ocasión de hacer su grado de doctor en Medicina en Edimburgo, no solamente retardó la escritura de su tesis hasta el último momento, sino que el día del examen se retrasó una hora, obligando al claustro pleno á esperarle aquel tiempo. Esta irregularidad, que el profesor más exigente no consideraría merecedora más que de una corta reprensión, es descrita por el biógrafo, después de medio siglo de ocurrida, como una prueba increíble, no tan sólo de pereza excesiva, sino también de negligencia grosera y de mal gusto. No es esto todo. A nuestro biógrafo se le ha ocurrido procurarse una copia de la tesis, y se sacia en ella con su *A* en presente y su *Propria quae maribus* á su lado, buscando errores en una composición escrita por un joven de veintiún años con la ocasión antedicha. Cuando halla un error de los que comete el mejor estudiante en la precipitación del trabajo, y que no sólo él sino el peor de sus compañeros reconoce cuando va despacio, se gloria con su precioso descubrimiento con toda la exaltación de un pedagogo. [Engañado por la terminación pasiva del verbo *de fungor*, Mackintosh abusa de él en este sentido! No es igualmente afortunado en su otro descubrimiento, pues *laude conspurcare*, no obstante lo que el biógrafo pueda pensar, no es una frase impropia. Mackintosh se proponía decir que hay hombres cuya celebridad es una desgracia. Nadie, estamos seguros, que haya leído esta memoria, podrá dudar.]

A Mr. Wallace no le pareció bien permanecer tran-

quilo bajo un castigo que aun Macaulay mismo después consideraba excesivo para aquellos desaciertos.

3 Clarges Street, Londres: Junio 14, 1838.

Querido Napier: No tenía necesidad de su carta de usted para estar seguro y satisfecho de su afección y del placer que mi llegada le ha producido. Vuelvo con una pequeña independencia, pero independencia al fin. Todos mis gustos y aspiraciones me conducen á preferir la literatura á la política. Cuando aquí digo esto á mis amigos, los unos parecen pensar que estoy fuera de mi juicio y los otros que ando coqueteando para hacerme valer más, y yo, por otra parte, convencido de mi sinceridad, creo que obro prudentemente.

Desearé, cuando nos encontremos, ver su correspondencia con Wallace. Empson parece estar un poco inquieto por miedo á que ese tonto pueda darme algún disgusto; pienso, por el contrario, que no será tan irracional; y, como he estado ahora en Londres diez días sin oír hablar de él, me confirmo en mi opinión. En cualquier evento de necesidad, que no esté impaciente. Si fuese absolutamente indispensable que le encontrara, no le rehuiré. Pero no preveo semejante necesidad; y, como dice Junius, yo nunca quiero dar prueba de mi valor á expensas de mi entendimiento.

Siempre suyo muy de veras,

T. B. MACAULAY.

Londres: Agosto 14, 1838.

Querido Napier: Su antiguo amigo Wallace y yo hemos estado á punto de cambiar unos tiros. Como quie-

ra que sea, todo se ha arreglado y pienso abandonar el asunto por completo y para siempre. Ha procedido con respecto á mí mucho mejor que lo hizo con relación á usted; acaso el tiempo haya calmado un poco su sensibilidad, y de todos modos ha tenido la ventaja de poner el asunto en buenas manos. Me envió por medio de Tomás Steek—un O'Connellista furibundo, pero un caballero, un hombre de honor, y, en esta ocasión al menos, un hombre de carácter—una carta de desafío escrita con mucha justicia. Estimaba necesaria, con bastante generosidad, la dilación, diciendo que mi larga ausencia y la reciente pérdida que había sufrido mi familia le impedían exigir de mí la debida reparación inmediatamente de mi vuelta. Designé por padrino mío á Strafford. No tenía, para decir á usted la verdad, idea de que pudiera evitarse una entrevista; porque el hombre procedía con tal obstinación que no había posibilidad de seguir el consejo de Empson, enviando por la policía; y aunque yo estuviese completamente dispuesto á negar toda intención de ofensa personal y declarar que cuando escribí la Revista ignoraba la existencia de Mr. Wallace y no podía hacer apología alguna ó expresar el menor arrepentimiento, por haber usado un lenguaje energico en la defensa de Mackintosh. Lord Strafford aprobó completamente mi resolución; pero propuso un arreglo que jamás se me hubiese ocurrido, que me quitó todo escrúpulo y que con gran sorpresa mía aceptaron Steek y Wallace sin un momento siquiera de duda. Era éste que hiciese Wallace una declaración preliminar de que su ánimo, por lo que recordaba, no había sido ser descortés é irreverente para con Mackintosh sino todo lo contrario, y que entonces podía yo declarar que, en consecuencia de la declaración de

Mr. Wallace, estaba dispuesto á expresar mi sentimiento de haber usado un lenguaje por el que pudiera considerarse personalmente ofendido. Este modo de presentar el asunto pareció á ambos, lord Strafford y Rice, perfectamente honroso y yo fui de la misma opinión, porque ciertamente el lenguaje que usé en aquella ocasión estaba justificado tan sólo por el que había empleado Wallace con respecto á Mackintosh; y si éste declaraba que no había sido su intención atacar en lo más mínimo el honor de Mackintosh, era evidente que yo no podía rehusar hacer la misma concesión. Yo estaba muy sorprendido de que ni Steele ni Wallace objetaran nada á la proposición de lord Strafford; pero como ellos no hicieron objeción, tampoco yo tenía por qué hacerla. En este estado se halla el asunto, gracias á haber concedido á Wallace los privilegios de un caballero. Espero que esté usted satisfecho del resultado. La benévola ansiedad que usted ha tenido respecto á mí, me hace desear tener noticia de que aprueba usted mi conducta.

Suyo siempre,

T. B. MACAULAY.

3 Clarges Street, Junio 26, 1838.

Querido Napier: Aseguro á usted que emprendería de buena gana y hasta con entusiasmo el asunto que usted propone, si pensase que le servía á usted para tales cosas. Conozco perfectamente aquello que puedo y que no puedo hacer. Hay un gran número de clases de asuntos, que pienso soy capaz de tratar como pocas gentes puedan hacerlo. Después de tal declaración no puedo ser sospechoso de una afectación de modes-

tia, y espero que en su vista creará usted que le digo lo que sinceramente pienso al advertirle que no sirvo para analizar los trabajos del genio literario. He escrito mucho sobre cuestiones históricas, políticas y morales, de cuyos escritos no me avergüenzo, sino que por el contrario, me inclino á creer que soy estimado por ellos; pero jamás he escrito una página de crítica literaria ó de bellas artes. Hazlitt acostumbraba á decir de sí mismo: «No soy nada sino un crítico.» Mi caso es precisamente el contrario. Experimento un gran placer con la lectura de los trabajos de la fantasía, pero no me hallo habilitado para analizarlos y acaso yo goce de ellos más intensamente por la misma causa. Libros como el Laoconte de Lessing (1), y fragmentos como la crítica del Hamlet en Guillermo Meister, me llenan de admiración á la vez que me desesperan. Por otra parte, una revista del libro de Locquar conviene que sea un estudio de la ejecución literaria de Sir Walter. Yo me alegraría mucho de ello, creo que más que nadie. Es evidente que hay cientos de personas que quieren mucho mejor criticar que ser criticados. Jamás en mi vida he estado más seguro de cosa alguna que de lo que acabo de decir á usted, y tengo certeza de que lo mismo exactamente le dirá lord Jeffrey.

Hay algunas otras objeciones de menos peso, pero no faltas por completo de importancia. Es de desear que alguna persona que haya conocido á Sir Walter, que le haya visto y hablado con él, se encargue de este artículo. ¡Todavía viven muchos que le han tratado! Yo no sé más de su vida que lo que sé de Dryden

(1) He comenzado el Laoconte de Lessing y leo de cuarenta á cincuenta páginas algún día, algunas veces disintiendo, pero casi siempre admirando y aprendiendo.—Diario de Macaulay del 21 de Septiembre de 1851.

ó Addison, y seguramente no mucho más que una décima parte de lo que conozco de Swift, Cowper ó Johnson. Además, á causa de lo poco que conozco de él, no tengo formada de su carácter una opinión tan alta como muchas gentes y como conviene además para expresarla en la revista de Edimburgo. Me parece que ha sido extremadamente cuidadoso y con éxito de estar en guardia contra los pecados que más fácilmente cometen los literatos, en cuyo sentido ha multiplicado sus precauciones y establecido doble guardia. Dificilmente ningún otro escritor de nota ha estado más exento de los celillos é irritabilidades morbosas de nuestra raza. Pero yo no creo que se ha mantenido igualmente libre de faltas de diferente naturaleza, de las faltas de un hombre de mundo. En política fué un partidario mordaz y sin escrúpulo, pródigo y ostentoso en los gastos, agitado por las esperanzas y temores de un jugador, y sacrificando, como literato, la perfección de sus composiciones y durabilidad de su fama á su ansia de dinero; escribiendo con la presteza desaliñada de Dryden, para satisfacer necesidades, que no son como las de éste, causadas por circunstancias ajenas á él, sino por su despilfarro extravagante ó proyectos rapaces; este es el aspecto en que á mi se me presenta. Me pesa por él, porque admiro la mayor parte de sus obras; pero no le puedo considerar como un hombre de inteligencia superior, ni de muy severos principios. Ahora éstas son opiniones que aunque se suavizan mucho, son altamente impopulares para publicarlas y particularmente en una revista escocesa.

Pero ¿cómo no convence usted á lord Jeffrey á que le dé este artículo? Ningún otro hombre puede hacerlo también como él. Conoce y ama á Scott y puede es-

cribir la parte crítica del trabajo, que es con mucho lo más importante, de un modo incomparable. He dicho bastante en la esperanza de convencer á usted que no sin razón declino un trabajo que usted desea que yo emprenda.

Estoy completamente en movimiento. Almuerzo por la mañana, como por la tarde, y hago visitas todo el día proponiéndome no hacer trabajo alguno regular. Mis libros están en el guarda-muebles y los armarios en manos del ebanista. Todo lo que escribo ahora debo, como Bacon dice en alguna parte, hilarlo de mis propias entrañas, y difícilmente dispongo de un minuto en el transcurso de una semana para semejante tarea. Londres se halla en un estado de excitación muy extraño. Las calles occidentales están en constante ebullición. La afluencia de extranjeros y aldeanos ha sido prodigiosa, y los habitantes normales están hechos unos haraganes, y como si no fuesen los moradores de la ciudad. A cada momento se reúnen muchedumbres, nadie sabe por qué, con una especie de vaga expectación, como si fueran á presenciar algo, y después de mirarse unos á otros se dispersan sin haber visto más. Esto durará hasta que tenga lugar la coronación. Los únicos lugares tranquilos son las calles de la City. Por mi parte estoy enfermo á morir de la inquietud, y casi deseo volverme de nuevo á Calcuta para tranquilizarme en el Ecuador.

Siempre de usted muy de veras,

T. B. MACAULAY.

3. Clarger Street, Londres: Julio, 20 1838.

Querido Napier: Me hago cargo, como Brougham, de las dificultades de usted y las siento. Acaso yo